

its attention to textual details that make her comparative approach one that explicates the debate framed by De Bruyn. When exploring the ways in which Cervantes' titular protagonist in *Don Quixote* might be contrasted to Charlotte Lennox's Arabella in *The Female Quixote*, Pawly notes that “[t]he real danger to the literary Quixote lies not with those who dismiss or fear the literature of romance, but with those whose knowledge of it allows them to co-opt its power” (169). Pawly's juxtaposition of Arabella's defenselessness in her encounters with the rake Sir George with Don Quixote's difficulties in his dealings with the Duke and Duchess demonstrates the troublesome nature of duplicity that arises in such complex narratives when “the Quixote's privilege of creating his or her own visions” is usurped by characters who do not share the affective sentiments of the Quixote's worldview (170). To extend this analysis to the critical reception of interpretations of literary Quixotism seems a logical mode of resisting the prefatory claims that may impose impermeable boundaries on comparative criticism. This mode of resistance might be said to be effectively carried out in the analyses presented in the book's last two parts.

In spite of a singular flaw in the framing of current scholarship, *The Cervantean Tradition* proves to be an important contribution to a body of critical literature on Cervantes' position in the Anglophone literary imagination. The book is likely to find numerous uses in critical work to come, as well as in the classrooms of upper division and graduate students receiving instruction about the influence of the Spanish Golden Age upon the British canon. For these reasons, the volume merits a position in the collections of research libraries of all sizes and locales.

SANDRA COX
smcox@ku.edu

José Manuel Martín Morán. *Cervantes y el Quijote hacia la novela moderna*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2009. 446 pp.
ISBN: 978-84-96408-66-1.

No hay que descender a los infiernos para saber que, a mitad del camino de la vida, acechan al peregrino fieras espantables. Aun así, junto a la onza, el león y la loba que el Dante puso en su primer canto, habría que añadir la duda temible de saber qué ha estado haciendo uno con su vida. Para mí

tengo que este *Cervantes y el Quijote hacia la novela moderna* tiene mucho de alto en la carrera, de mirada atenta al pasado, desde la que retomar luego la senda. La de José Manuel Martín Morán le ha conducido hasta Italia, pero se inició algunos años antes en Turón, parroquia del concejo de Mieres –en España–, lo cual está muy bien para un cervantista asendereado, porque de Asturias trajo Cervantes a personajes tan inauditos como la liberal con su carnes Maritornes, la hidalgúisima doña Rodríguez de Grijalba o doña Catalina de Oviedo en persona, consorte nada menos que del Gran Turco. No sé si micer Martín Morán seguirá gastando todavía bigotes y perilla, como un galán de la comedia nueva, pero sí que, a su condición académica de Profesor Ordinario en la Università degli Studi del Piemonte Orientale «Amedeo Avogadro», se suma una larga labor intelectual que lo convierte en un muy singular cervantista. Las páginas de este volumen son el fruto madurado de esos quehaceres, muñidos a lo largo de los casi veinte años que van de 1990 a 2009.

La cuestión que Martín Morán pone sobre el tapete y procura dilucidar es la de la supuesta modernidad del *Quijote* como novela. Las premisas de las que parte se establecieron en un libro anterior, *El Quijote en ciernes. Los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual* (Dell'Orso. Turín, 1990), donde se venía a describir un *Quijote* desestructurado, poblado de personajes desiguales, con un narrador que se mueve sin demasiada lógica y en el que la unidad brilla por su ausencia. Los diecinueve estudios que se suceden pretenden dar respuesta a esa pregunta a través de análisis parciales sobre «la figura del autor, las estrategias de creación de la coherencia textual, conexión de la obra con los medios de difusión, la construcción de los personajes y las técnicas narrativas» (p. 10). Tres de esos trabajos ven por primera vez la luz, aun cuando hayan sido previamente entregados a otras prensas; ocho proceden de revistas u homenajes; y otros ocho de congresos, coloquios y saraos para cervantistas y allegados. No deja de ser curioso que, como en el mismo *Quijote*, el origen de los materiales deje también su rastro en la escritura, pues los compuestos con una intención oral conservan alguna reliquia de esa condición primigenia, como llamadas al «auditorio» y a los «oidores» (pp. 127 y 132), apelaciones a la segunda persona del plural (pp. 99 y 323) o incluso alusiones a la propia «charla» que se está impartiendo (pp. 323 y 399). Como el autor confiesa en primera persona, los trabajos reproducen, casi a la letra, sus versiones originales, con la voluntad de mantener el asunto y su argumentación. Ha habido, eso sí, enmiendas propias de una revisión y algún caso de reescritura para disponer de modo más

claro y ordenado los planteamientos. Lo mismo ocurre con la bibliografía final, que recoge la inicialmente citada en los estudios, dejando al margen gran parte de la avalancha que significó el centenariazo pasado, con todo lo mucho de bueno, menos bueno y prescindible que trajo consigo.

A la hora de aparejar el libro, José Manuel Martín Moran ha hecho un considerable esfuerzo de ilación entre unos trabajos que fueron concebidos de forma independiente. Esa nueva disposición dota de un sentido más rico a lo dicho anteriormente, al tiempo que refuerza la coherencia de los argumentos que se habían esgrimido. Por ello sólo cabe atribuir a la *capatio benevolentiae* la excusa de la página 12, en la que se apunta que «al lector benévolο parecerá fundamento de unidad para el centón de aquí reunidos; al lector malévolο, le ofrezco, en cambio, por disculpa el hecho de haber sido publicados de forma independiente, sin tener en cuenta lo que había de venir después y solo en parte lo que ya había venido antes». En realidad, ese centón deja de serlo desde el punto y hora en que sus elementos han pasado a formar parte de una única trama intelectual, que sólo ahora se nos ofrece completa. Nuestra misión no es, pues, juzgarlos por separado, sino seguir el hilo de esa intriga que lleva desde los modos tradicionales de contar hacia la ficción moderna.

Los materiales están organizados en cuatro secciones, que estudian sucesivamente los ires y venires del autor, la presencia de la oralidad y la escritura, la construcción de los personajes y la situación del *Quijote* en el camino hacia la novela moderna. En la primera de ellas, «La autoridad del autor», se atiende a los modos de narrar y al peculiar vínculo que en la obra se establece entre el autor y la narración. El papel del autor y sus conflictos con el narrador son objeto de análisis en textos cervantinos como dedicatorias y prólogos, en los que Cervantes puso tanto empeño. Sigue luego un fino ejercicio de interpretación en torno a la función que los disfraces y las maletas perdidas tienen en la trama, que nos lleva descubrir a través suyo las máscaras de las que se sirvió el autor para contar la historia. La primera conclusión de todo ello es que Cervantes utilizó tres modos distintos de narrar para cada una de las tres salidas de don *Quijote*; y la segunda, que el *Quijote* significa una nueva conciencia del arte, donde las relaciones entre autor, narrador, lector y mecenas cambian por completo y se abren hacia la modernidad.

Los engranajes del autor con lo narrado conducen, casi inevitablemente, al segundo apartado, donde se estudian los modos de composición. Bajo el título común de «Oralidad e imprenta. Influjo de los medios de difu-

sión», se atiende primero a los usos de la narración oral y su importancia en el *Quijote*, para luego pasar al conflicto entre oralidad y escritura, y concluir en las consecuencias que ese conflicto tiene para la coherencia textual de la historia y la construcción de sus personajes. Más que ponderar el peso de lo folclórico en Cervantes, la intención es ver cómo utilizó esos modos de narrar, pues, como se afirma en la página 140, «el conflicto escritura / oralidad se halla presente en la concepción misma del relato y en algunas de sus características estructurales». Se trataba de dos modos diversos de sostener la autoría, de concebir la escritura y de estructurar un relato, que hacen del *Quijote* un texto desvertebrado desde un punto de vista moderno, pero que le surten de otras alternativas para sostener la unidad de la obra, como la repetición de motivos, los paralelismos de situaciones y personajes o el diálogo como elemento de cohesión. Y es que esa concepción fragmentaria y episódica con raíces en la oralidad es una de las características esenciales de la invención cervantina.

Esa misma invertebración afecta a «La construcción de los personajes», que ocupa la tercera sección del estudio. Frente a la concepción unitaria y evolutiva que supone el tópico de la «sanchificación» de don Quijote, José Manuel Martín Morán pone de relieve la discontinuidad en el comportamiento e ideario del personaje, para deducir que «el esfuerzo de la crítica por ver el *Quijote* como una obra en formación, en la que le protagonista va asimilando sus experiencias hasta llegar a un punto de máxima sabiduría que se identifica con el final, ha condicionado su acercamiento a las evidentes incoherencias de comportamiento del caballero (...). La obra, en cambio, niega la licitud de semejante acercamiento crítico, mientras subraya la necesidad de un nuevo criterio interpretativo que deje de considerarla como una novela lineal, y la devuelva a su estructura episódica y fragmentaria» (pp. 264-265). Por otro lado, la irrupción de circunstancias, en principio, extrañas al personaje, como la presencia de Sancho Panza, la impresión de la primera parte o la noticia del libro urdido por Avellaneda condicionan la relación de don Quijote con el mundo y multiplican su autoconciencia como personaje literario. Dos de los capítulos de esta sección ponen su atención en los contextos históricos, para reflexionar, en un caso, sobre la lectura que Américo Castro hizo del *Quijote* como reflejo de un problema de castas en la España áurea y para plantear, en otro, los problemas económicos, sociales y literarios que conlleva el salario que solicita el escudero. La cosa se remata con una comparación entre don Quijote y Guzmán de Alfarache como protagonistas de un relato complejo y con una

muy lúcida digresión sobre la «dieta disociada» del caballero, que le lleva a inclinarse por lo crudo en la primera parte y preferir lo cocido en la segunda, como signo visible del «final de sus fatigas caballerescas y el comienzo del reconocimiento de sus méritos» (p. 379).

El apartado con que se cierra el libro, «Hacia la novela moderna», retoma el paralelo con el *Guzmán* en un asunto peculiar, como es el tratamiento que Cervantes y Alemán hicieron de los objetos por medio de una ausencia casi absoluta de descripciones detalladas y realistas. Por su parte, el último capítulo ha de considerarse sumario de todo lo anterior, pues aspira a dar una respuesta a la cuestión inicial de si el *Quijote* era o no la primera novela moderna. Para ello se revisan aspectos diversos de la técnica narrativa, como la atención a lo cotidiano, el realismo atmosférico, la disposición de la trama, la aspiración a reproducir la totalidad del mundo, el equilibrio entre acción y diálogo, la concepción del tiempo narrativo, el diálogo entre visiones distintas de la realidad, la crítica del principio de autoridad o la metatextualidad. Martín Morán colige de este análisis que el *Quijote* «no es aún la novela moderna» (p. 419), porque todavía enlaza géneros diversos y los personajes no evolucionan paulatinamente, porque apenas hay descripción de la realidad y los episodios están meramente superpuestos, como en las narraciones folclóricas, en los libros de caballerías o en la picaresca. Y es cierto; el *Quijote* no era ni podía ser *Madame Bovary*, *Crimen y castigo*, *Ulises*, *Mientras yo agonizo*, ni ningún otro ejemplo de lo que hoy identificamos como novela moderna, pero tampoco era el *Amadís de Gaula*, el *Lazarillo* o, mucho menos, el *Portacuentos*. Acaso por eso, analizada en sus detalles, la invención de Cervantes resulte arcaica, aunque la cosa cambia si el microscopio del filólogo se acompaña con el catalejo del lector y se atiende a su compleja vastedad: es entonces cuando se descubre la verdadera modernidad del *Quijote*.

Quisiera que este breve recorrido por *Cervantes y el Quijote hacia la novela moderna* sirva para atisbar, al menos, la coherencia que se mantiene a lo largo de todo el libro, a pesar de la diversa procedencia de sus capítulos. Aquí y allá se retoman los mismos asuntos desde perspectivas cambiantes, se hilan las cuestiones del autor con las del personaje o la composición y se mantiene un tono claro y contundente en la escritura, salpicada, eso sí, de gestos de ingenio y de palabras tan estupendos como ese «gastronotopo» de la página 375. La relectura de estos artículos, presentados ahora con una nueva armazón, nos viene a recordar el extraordinario lector que se esconde tras ellos y que, si comenzó en los noventa rezumando teorías filológicas,

con los años se ha vuelto más matizado y cervantino –dicho sea en el mejor de los sentidos. Pero entonces y ahora, José Manuel Martín Morán se ha mostrado siempre atento al detalle que revela el sentido de las cosas y, sobre todo, dispuesto a leer sin prejuicios. Cuando resulta tan fácil encontrar entre la bibliografía del *Quijote* ensayos que apenas lo han leído a ojo de águila o que parecen obviar todo lo que contradice una interpretación previamente determinada, este libro se nos ofrece como el fruto pausado de una lectura hecha a lo largo de los años, con la única intención de dar con la verdad—literaria o histórica—que se encierra en la obra de Cervantes.

LUIS GÓMEZ CANSECO
canseco@uhu.es